

Mujeres

DE LA BIBLIA

Sara

I. Esperando contra la esperanza.

Referencia bíblica: Génesis 12, 16, 17, 18, 21, 23

Lugar: Canaán, alrededor del 2100 a. C

Significado nombre: princesa

Instrumento de Dios: ejemplo de que Dios es fiel a sus promesas, nacimiento de Isaac, hijo de la promesa.

Versículo para aprender:



...Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido. Hebreos 11.11

Ella era la esposa del gran patriarca Abraham, así que tenemos la tendencia a verla en un marco de dignidad y honor. Podía ser impaciente, temperamental, maquinadora, arisca, cruel, inconstante, malhumorada, celosa, errática, irracional, ganadora, quejumbrosa y regañona. No obstante, siempre fue el modelo perfecto de gracia piadosa y de mansedumbre.

En efecto, hay pistas que indican que podría haber sido un dechado de belleza; una diva clásica. Su nombre, *Sarai*, significa «mi princesa». (Según Génesis 17.15, el nombre no se le cambió a Sara sino hasta cuando tenía noventa años). La Escritura repetidamente destaca su deslumbrante atractivo. Dondequiera iba, al instante recibía favores y privilegios a causa de su hermosura.

Pero este tipo de privilegios y ventajas frente a los demás, puede estropear lo mejor de cada mujer.

A propósito, la descripción bíblica de la vida de Sara no comienza sino realmente hasta que tiene sesenta y cinco años. Asombrosamente, aún a esa edad, su belleza física era tan extraordinaria que Abraham asumía con cierta frecuencia que otros hombres poderosos la querrían para su harén. Y tenía razón. Primero un faraón, luego un rey, sin saber que era la esposa de Abraham, planearon hacerla su mujer. Hasta el día de hoy, Sara es recordada por su legendaria belleza.

Desde el momento en que se convirtió en la esposa de Abraham, Sara deseaba una cosa por sobre todo lo demás, y eso era tener hijos. Pero era estéril desde el principio hasta el fin de sus años fecundos normales. De hecho, esto es prácticamente lo primero que la Escritura menciona sobre ella. Después que en Génesis 11.29 relata que Abraham la tomó como esposa, el versículo 30 dice: «Pero Sarai era estéril y no tenía hijo».

Estaba obviamente torturada por su esterilidad. Cada episodio de malhumor o conflicto en su familia estaba relacionado con su frustración por su propia aridez. Esto la carcomía.

¿Qué situaciones de mi vida producen frustración, que el Señor me ha enseñado a mantener por años, y a pesar de este tiempo, la situación no cambia?

Gastó muchos años en manejar la frustración y la depresión que esta realidad le producía. Deseaba ser madre con desesperación, pero terminó aceptando que Dios mismo la había hecho definitivamente estéril (Génesis 16.2- 6 leer). Tanto quería que su marido tuviera un heredero, que le inventó un plan inmoral, incorrecto y completamente absurdo, convenciéndolo para que procreara un niño con su propia criada.

De manera previsible, las consecuencias de tal truco carnal casi le desgarraron la vida y parecieron dejarle una cicatriz permanente en su personalidad. Su amargura la enfureció durante trece años, hasta que insistió definitivamente para que Abraham expulsara a la otra mujer y al niño que había procreado.

Los defectos de Sara son suficientemente obvios. Sin ninguna duda, había caído. Su fe se debilitó con el tiempo. Su propio corazón la llevó por el camino equivocado. Esas faltas eran muy visibles e incuestionables. Si esto fuera todo lo que sabemos acerca de Sara, podríamos estar tentados a describirla como una arpía, como una mujer áspera y dura, implacablemente egocéntrica y temperamental. No fue siempre ese tipo de persona que genera en forma natural nuestra comprensión y simpatía al conocerla.

Por fortuna, había mucho más que eso en Sara. Tenía tantos puntos fuertes como defectos notorios. La Escritura en realidad la elogia por su fe y firmeza. El apóstol Pedro la señala como modelo de cómo cada esposa debe someterse a la autoridad de su marido. Aunque con esos destellos terribles de mal genio e incluso de crueldad (recuerde que Sara era una criatura con problemas tan carnales como nosotros), su vida se caracteriza por la humildad, la mansedumbre, la hospitalidad, la fidelidad, el profundo afecto para con su marido, el amor sincero hacia Dios y la esperanza a toda prueba.

Haciendo un estudio sobre contrastes y contradicciones, concluimos que Sara fue efectivamente una mujer extraordinaria. Aunque dio a luz solamente a un hijo y no fue madre sino hasta que había pasado la edad normal de la fertilidad, es la matriarca principal en la historia hebrea. Sin embargo, pese a que uno de los aspectos más ejemplares de su carácter fue la fidelidad a toda prueba para con su marido, el error más conocido de su vida la involucra en un acto de grosera infidelidad. Vacilaba a veces, pero ella en última instancia perseveraba contra obstáculos increíbles, y la firmeza de su fe llegó a ser la característica principal de su legado. En efecto, el Nuevo Testamento la venera en el salón de la fe:



« por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir y dió a luz aun fuera de tiempo de la edad, Porque creyó que era fiel quien lo había prometido»
(hebreos 11.11).

El espectáculo completo de la fe asombrosa de Sara realmente no se aprecia en su totalidad sino hasta que consideramos los muchos obstáculos aparentemente insuperables de esa fe.

II. Su trasfondo en Ur de los caldeos:

Sara era media hermana de Abraham, su marido. Abraham describe para el rey Abimalec su relación con su esposa:

«Y a la verdad también es mi hermana, hija de mi padre, mas no hija de mi madre, y la tomé por mujer». Génesis 20.12

Taré era el padre de ambos. Sara era diez años más joven que Abraham (Génesis 17.17). No conocemos los nombres de ninguna de sus madres.

A propósito, esa clase de relación marital entre medio hermanos no constituía un tipo de incesto en los tiempos de Abraham. Su hermano Nacor se casó con una sobrina; y tanto Isaac como Jacob se casaron con primas. Tales matrimonios entre parientes tan próximos no eran anormales o escandalosos en la era patriarcal ni en épocas previas que se extienden hasta la creación. Obviamente, puesto que Adán y Eva eran los únicos seres humanos a quienes Dios originalmente creó, fue absolutamente esencial que al comienzo algunos de sus descendientes se casaran con sus propios hermanos.

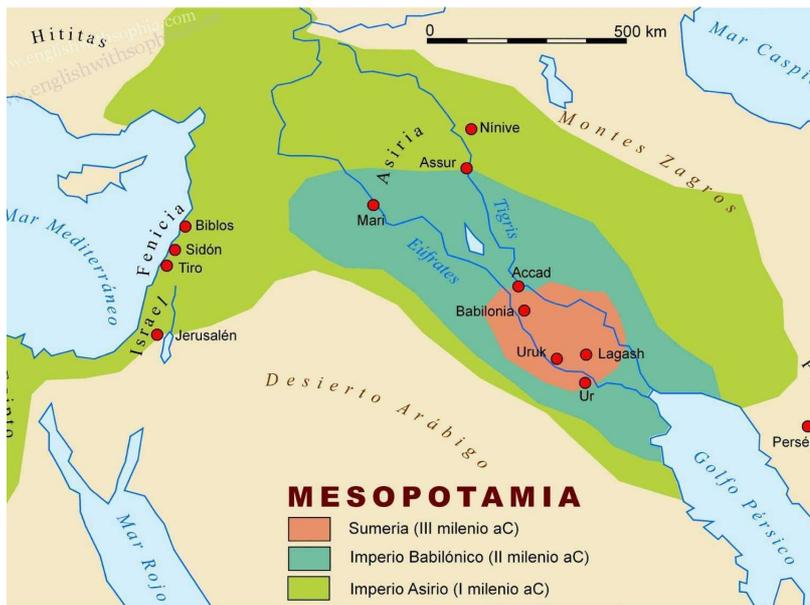
La Escritura no hizo ninguna prohibición contra los matrimonios consanguíneos (matrimonio entre parientes cercanos) hasta mucho después del tiempo de Abraham. No hay duda que una de las razones principales por las que el Señor prohíbe esta práctica en última instancia, se debe a la acumulación de mutaciones genéticas en los genes humanos. Cuando usted comienza con dos criaturas genéticamente perfectas, no hay riesgo de defectos hereditarios. Solo gradualmente aparecen los peligros asociados a la endogamia. (matrimonio entre personas de la misma casta, raza, comunidad, condición social)

Por lo tanto, no existía ninguna prohibición legal contra el incesto hasta la época de Moisés. En **Levítico 18.6, 18 y 20.17, 21** explícitamente se prohíben varios tipos de incesto, incluyendo el matrimonio entre medio—hermanos. Pero los patriarcas no deben ser evaluados por leyes que entraron en vigencia muchas generaciones después. No era pecado que Abraham tomara a Sara como su esposa.

La Escritura no dice prácticamente nada de sus primeros años de matrimonio. En efecto, *todo* lo que sabemos sobre esa época de sus vidas es la amarga verdad que molestaba la conciencia de Sara permanentemente: «**Mas Sarai era estéril, y no tenía hijo**» **Génesis 11.30**). ¡Esa sola declaración resume todo lo que la Escritura tiene que decir acerca de los primeros sesenta y cinco años de la vida de Sara! No es para asombrarse que ocasionalmente presentara destellos de frustración y resentimiento.

Nótese que el relato bíblico de la vida de Abraham no comienza realmente sino hasta los setenta y cinco. Todo lo que se nos dice es que él había nacido en Sumeria, la Baja

Mesopotamia, junto a los ríos Tigris y Eufrates. (Cerca del Golfo Pérsico en una región que es parte del actual Irak.) El pueblo natal de Abraham era un famoso centro urbano conocido como Ur de los Caldeos.



Ur era el corazón de una cultura pagana sofisticada. Sara y Abraham habrían vivido allí durante el período de mayor poder y opulencia. El gobierno de la ciudad era una teocracia supersticiosa que supuestamente rendía culto al dios babilónico de la luna. (Esta era la misma cultura que construyó los famosos zigurat, torres terraplenadas donde se levantaban enormes templos paganos.)

Abraham, por supuesto, era un adorador de Jehová. Su conocimiento del Dios verdadero

probablemente le había sido traspasado por sus antepasados. Después de todo, Abraham era apenas **un noveno** descendiente de la generación de Sem, hijo de Noé.

Es obvio que las culturas mundanas del tiempo de Abraham estuvieran muy paganizadas. Aún antes del episodio de la torre de Babel y por muchas generaciones, el amor por la verdad había ido disminuyendo rápidamente. Por la época en que Abraham entra en escena, la adoración idolátrica dominaba por completo la cultura del mundo.



Ejemplo de torres (zigurat)

Pero todavía existía un remanente disperso de creyentes fieles. Es muy probable que aquí y allá entre la población del mundo hubiera familias fieles que conocían y adoraban a Jehová, habiendo mantenido su fe a través de las generaciones desde los tiempos de Noé. Por ejemplo, a juzgar por los detalles dados en el libro de Job, incluyendo la duración de su vida, Job fue probablemente contemporáneo cercano de Abraham. Job y sus amigos (aunque pésimos consejeros) tenían una cabal confianza en el Dios de sus antepasados. Vivieron en la región de Uz. La ubicación precisa no es segura, pero es claro que estaba en el Medio Oriente (Jeremías 25.20) pero no en las inmediaciones de Ur de los Caldeos, donde vivía la familia de Abraham. Así, el remanente que todavía adoraba a Jehová no estaba confinado a ninguna ubicación en particular ni limitado a ninguna familia. De hecho, el relato bíblico de la vida de Abraham también nos presenta a Melquisedec (Génesis 14.18).

Él representaba una orden de sacerdotes que conocían al verdadero Dios y le servían. Abraham se encontró con Melquisedec en algún lugar de la región del Mar Muerto. Claramente, existía en los tiempos de Abraham un remanente de adoradores fieles de Jehová.

El propósito del Señor al elegir y llamar a Abraham fue hacer de él el padre de una gran nación que sería su testigo en el mundo. Esa nación, Israel, estaría formalmente comprometida con Jehová. A través de ellos, la verdad se mantendría viva y preservada a perpetuidad. La Escritura dice que «**los oráculos de Dios**» les fueron entregados a ellos (Romanos 3.2). En otras palabras, de la nación que se formaría a partir de Abraham se levantarían profetas. Por medio de ellos se entregarían las Escrituras a la humanidad. Dios viviría en medio de ellos y pondría allí su santuario. De su linaje se levantaría un **Libertador, el Mesías**. Y en Él, todas las naciones del mundo serían benditas (Génesis 18.18).

Sara por cierto tenía un papel fundamental en este plan. Abraham nunca llegaría a ser el patriarca de una gran nación si ella primero no era madre de su descendencia. Sara estaba consciente de las promesas del Señor para Abraham. Indudablemente, anhelaba ver cumplidas esas promesas.

En la medida que permanecía sin hijos, no obstante, la impresión de que todo dependía de ella deben haberla presionado como una gran carga sobre sus hombros.

III. Su viaje a la tierra de la promesa

Al parecer, Dios le habló a Abraham cuando todavía era un hombre joven que vivía en Ur, diciéndole: «**Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré**» (Génesis 12.1).

Es posible que al principio se haya sentido algo reticente a cortar de inmediato los lazos familiares.

De hecho, por el modo como la Escritura relata la primera etapa del movimiento desde Ur de los Caldeos, pareciera que el padre de Abraham, Taré, todavía estaba actuando como cabeza de toda la familia: «Y tomó Taré a Abram su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, mujer de Abram su hijo, y salió con ellos de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán; y vinieron hasta Harán, y se quedaron allí (Génesis 11.31).



Evidentemente, Taré estaba todavía a cargo. La Escritura lo presenta como el jefe del viaje, con Abraham, Sara y Lot tras él.



La Escritura dice que Taré tenía más de doscientos años cuando murió, y Abraham era de setenta y cinco cuando finalmente partió de Harán hacia la tierra prometida.

Sara, fue con Abraham con entusiasmo, ansiosa y gustosamente. Era absoluta y totalmente devota de su marido. Sabiendo que Dios quería hacerlo padre de una gran nación, su mayor anhelo era dar a luz al niño que pondría en acción todo ese proceso.

Al dejar Harán después de enterrar a su padre, Abraham aún tenía una enorme caravana. La Escritura nos dice que, «Tomó, pues, Abram a Sarai su mujer, y a Lot hijo de su hermano, y todos sus bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a tierra de Canaán; y a tierra de Canaán llegaron» (Génesis 12.5). El viaje entre Harán y Canaán debe haber durado aproximadamente unas seis o siete semanas. Al parecer, Abraham no se detuvo sino hasta haber llegado a Betel, un área fértil con abundantes manantiales.

Su primer acto allí fue levantar un altar de piedra. En ese momento, el Señor se le apareció. Amplió su promesa original, añadiendo que daría toda la tierra que lo rodeaba a sus descendientes. Y, aunque Abraham y Sara permanecieron como nómades y errantes por el resto de sus días, este lugar y altar representó su ancla. (Este fue el mismo lugar donde su nieto, Jacob, sería visitado por Jehová después, y donde tuvo el famoso sueño con una escalera que llegaba hasta el cielo.)

Pero las circunstancias forzaron a Abraham a seguirse moviendo hacia el sur.

«Hubo entonces hambre en la tierra, y descendió Abram a Egipto para morar allí; porque era grande el hambre en la tierra» (Génesis 12.10).

Allí fue donde, por primera vez, Abraham trató de hacer pasar a Sara como su hermana. Hizo esto por temor de que, si el faraón sabía que ella era su esposa, lo mataría para obtener a Sara. Aquí vaciló la gran fe de Abraham. tuvo miedo de los hombres. Si él hubiera simplemente confiado en Dios, el Señor habría protegido a Sara (como lo hizo de todos modos).

Los motivos de Abraham fueron egoístas y cobardes, y la escena refleja una seria debilidad en su fe. Pero la dedicación de Sara para con su marido es, no obstante, loable y Dios la honró por eso.

Los guardias la vieron, le advirtieron al faraón de su presencia y la llevaron al palacio. La Escritura dice que el faraón demostró favor por su «hermano» Abraham, a causa de Sara, prodigándole ganados, al parecer con la expectativa de pedir su mano en matrimonio (v. 16). Mientras tanto, por la providencia de Dios, el faraón no la violó (v. 19). Y para asegurarse que no lo hiciera, el Señor hirió su casa con «grandes plagas» (v. 17).



De algún modo el faraón descubrió la razón de las pestes, y confrontó a Abraham por este engaño, expulsando al patriarca y a su esposa de Egipto (Génesis 12.19-20). No obstante, preocupado por asuntos más urgentes, no hizo daño a ninguno de ellos, y cuando Abraham dejó Egipto, la predilección del faraón por Sara hizo de él un hombre muy rico (Génesis 13.22). Él y Sara volvieron a Betel, «al lugar del altar que había hecho allí antes; e invocó allí Abram el nombre de Jehová» (Génesis 13.4).

De ahora en adelante, el Señor mismo sería su morada. Juntos habitarían como extranjeros «en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas... porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (hebreos 11.9-10). Esto resume mejor que ningún otro relato la vida terrenal que Sara heredó cuando decidió por fe seguir a su marido: todas las contrariedades terrenales fueron mitigadas por la promesa de bendición eterna.

IV. Su anhelo por la bendición prometida



La vida errante no era algo a lo que Sara estuviese acostumbrada; era algo que debió aprender a aceptar. ¿Qué fue lo que dio energía a la buena voluntad de Sara para dejar por completo su entorno familiar, romper los lazos con su familia y comprometerse a una vida errante sin raíces?

Nótese la naturaleza de la vasta promesa de Dios a Abraham:

«Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás b a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (Génesis 12.2-3).

Pero la bendición prometida tenía implicaciones eternas. En otras palabras, la redención del pecado y los medios de la salvación del juicio divino eran parte y fondo de la promesa (Gálatas 3.8, 16-17). Sara comprendió esa promesa. De acuerdo con la Escritura, lo creyó. Sabemos sin discusión, desde una perspectiva neotestamentaria, que el pacto de Dios con Abraham, fue una afirmación de la misma promesa mesiánica que Dios, ya había hecho a Eva en el jardín, cuando le dijo que su simiente aplastaría la cabeza de la serpiente. Como Cristo es la Simiente de la mujer que derrota a la serpiente, Él es también la Simiente de Abraham mediante la cual todo el mundo sería bendecido. Pablo escribió: **«Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente.** No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: **Y a tu simiente, la cual es Cristo» (Gálatas 3.16).** Esta misma promesa es el tema central que se extiende a través de toda la Escritura, desde Génesis 3, a su cumplimiento final en los últimos capítulos del libro de Apocalipsis.

Abraham fue el conducto humano a través del cual, el mundo vería la grandeza del plan redentor de Dios. Él comprendió eso. Sara también lo comprendió y lo aceptó. **«Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido» (hebreos 11.11).**

El acuerdo fue la promesa unilateral de Dios a Abraham acerca de lo que Él, Jehová, haría. No hubo ninguna demanda, ni de Abraham, ni de Sara. Fue un pacto

completamente unilateral. Si Sara se hubiera dado cuenta de esa verdad y la hubiera aceptado, su pesada carga le habría sido quitada en un instante.

V. Su desatino en el caso Agar

En lugar de eso, Sara asumió la responsabilidad de idear un plan que era tan desacertado y tan carnal, que haría que lo lamentara por el resto de sus días. Como era previsible, las consecuencias malignas de ese acto tuvieron increíbles repercusiones de largo alcance. Claramente, algunas de las tensiones que vemos hoy en Medio Oriente, tienen sus raíces en el audaz truco de Sara, para tratar de inventar una solución humana a su dilema. Tratando de ser justos, tenemos que reconocer que, desde un punto de vista puramente humano, es comprensible que Sara perdiera las esperanzas. Habían pasado diez años desde que Abraham y Sara habían llegado a Canaán (Génesis 16.3).

Sara tenía ahora setenta y cinco años, era posmenopáusica, y aún sin hijos. Si Dios planeaba hacerla la madre del heredero de Abraham, ¿por qué no lo había hecho ya? Era natural que pensara que Dios estaba reteniendo sus hijos deliberadamente. Como de hecho lo fue. Cuando vino el tiempo para que su promesa se cumpliera, nadie pudo negar que ésta era efectivamente la obra de Dios. Su plan era que Sara tuviera su primer niño en la vejez, una vez que se hubiera agotado toda posibilidad natural del cumplimiento de la profecía, y después que todas las razones terrenales para la esperanza estuvieran totalmente muertas. Así, Jehová desplegaría su poder.

Abraham tenía que procrear hijos por cualquier medio. Así Sara tomó para sí, la tarea de idear el cumplimiento de la promesa divina. Inconscientemente asumió el papel de Dios. Sara tenía una criada llamada Agar, que había adquirido durante su estada en Egipto. Sara pensó que, puesto que ella era su dueña, si Abraham procreaba un niño en Agar, éste sería de hecho un niño suyo.



«Dijo entonces Sarai a Abram: Ya ves que Jehová me ha hecho estéril; te ruego, pues, que te llegues a mi sierva; quizá tendré hijos de ella. Y atendió Abram al ruego de Sarai» (Génesis 16.2).

Este fue el primer caso de bigamia registrado en la Escritura que involucra a un hombre justo. El verdadero primer bígamo del relato bíblico fue Lamec (Génesis 4.19), un descendiente malo de Caín.

Ante la sugerencia de su esposa, Abraham tomó una concubina. «Y Sarai mujer de Abram tomó a Agar su sierva egipcia, al cabo de diez años que había habitado Abram en la tierra de Canaán, y la dio por mujer a Abram su marido» (Génesis 16.3).

Esto constituyó un lamentable precedente para el patriarca de la nación que se iba a crear. En las próximas generaciones, Jacob sería engañado por su tío al casarlo tanto con Lea como con Raquel (29.23-31); David tomaría concubinas (2 Samuel 5.13); y Salomón llevaría la poligamia a un extremo casi increíble llegando a mantener un harén de más de mil mujeres (1 Reyes 11.1-3).

No obstante, el diseño de Dios para el matrimonio fue desde el principio la monogamia. «Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne» (Mateo 19.4-5, énfasis añadido). Del mismo modo, Pablo aclaró cuál es, para Dios, el ideal del matrimonio: «Cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido (1 Corintios 7.2, énfasis añadido). La desobediencia a ese precepto siempre ha tenido consecuencias funestas. La poligamia en el corazón de David lo llevó a pecar con Betsabé. Los flirteos maritales de Salomón destruyeron y dividieron su reino (1 Reyes 11.4). Nada bueno ha venido nunca del quebrantamiento del principio monógamo «una sola carne». La unión de Abraham con Agar ciertamente no es la excepción.



Tan pronto como Agar concibió, Sara supo que había sido un grave error. Agar se puso arrogante e irrespetuosa con Sara: «Y cuando vio que había concebido, miraba con desprecio a su señora» (Génesis 16.4).

Aquí, entonces, vemos el primer estallido del temperamento de Sara. «Entonces Sarai dijo a Abram: Mi afrenta sea sobre ti; yo te di mi sierva por mujer, y viéndose encinta, me mira con desprecio; juzgue Jehová entre tú y yo» (Génesis 16.5).

Puesto que Agar era la criada y Sara la señora, ésta era la más descarada clase de atrevimiento deliberado.

La verdad, sin embargo, es que cada participante en este asunto fue culpable y todos terminaron cosechando el amargo fruto que habían sembrado. Abraham reconoció la legitimidad de la queja de Sara. Podría haber sido sabio para actuar como árbitro y buscar una solución justa para ambas mujeres. Pero dada la disposición de Sara en ese momento, hizo lo que la mayoría de los maridos haría y dejó que Sara se las arreglara con Agar a su modo.

«Y respondió Abram a Sarai: He aquí, tu sierva está en tu mano; haz con ella lo que bien te parezca» (Génesis 16.6).

Para comprender la extrema frustración de Sara, sigamos a Agar por un momento. Note primero que, aunque Sara trató con crueldad a su sierva, el Señor mostró gracia extrema para con esta. El Ángel del Señor la buscó. Con toda probabilidad, éste no era ningún ángel creado, sino una manifestación visible de Jehová mismo en forma angelical o humana.

Nótese que se dirigió a Agar en primera persona, como Jehová, y no en tercera persona, como un mensajero angelical que hablaba sobre lo que Jehová haría.

Sus palabras para Agar fueron gentiles y llenas de misericordia. Primero le preguntó de dónde venía y hacia dónde iba. Se refirió a ella directamente como «Agar, sierva de Sarai», para dejar muy en claro quien era y recordarle su deber. Luego, para hacer esto explícito, cuando Agar respondió con sinceridad, el Ángel le dijo: «Vuélvete a tu señora, y

ponte sumisa bajo su mano» (Génesis 16.9). Como criada obligada legalmente, no tenía derecho a huir, por lo que tuvo que volver y obedecer en humildad.

El Ángel, entonces, hizo una promesa asombrosa, que Agar jamás habría pensado en solicitar:

«Multiplicaré tanto tu descendencia, que no podrá ser contada a causa de la multitud» (Génesis 16.10).

Proféticamente, le describía a su hijo no nacido, diciendo que lo llamaría Ismael y que sería fiero viviendo en medio de sus hermanos (16.12). Ella, en cambio, lo reconoció por un nombre único: «El-Roi» o «el Dios que ve», en referencia al ojo omnisciente que la siguió y la vio incluso cuando trató de esconderse (16.13).

Piense en esto, sin embargo: Sara nunca había recibido tal promesa de Dios. La fe de Sara residía en las promesas que Dios había hecho a Abraham. Es más, Sara nunca había sido nombrada en el pacto que Dios hizo con Abraham. Dios ya había confirmado su promesa a Abraham al menos en tres ocasiones:

Primero, le dijo que sería el padre de una gran nación (12.3); luego, le prometió que su simiente sería tan numerosa como el polvo de la tierra: «Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que, si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada (Génesis 13.16).

Cuando Abraham recordó al Señor que todavía carecía de un legítimo heredero, Dios volvió a prometer que la simiente de Abraham sería de tal cantidad como las estrellas del cielo (15.1-6).

En ninguna de esas ocasiones Dios dijo expresamente que Sara sería la madre de la nación en cuestión. Esa era su esperanza y su expectativa. Pero el episodio con Agar muestra que la esperanza de Sara estaba empezando a decaer. Se estaba desalentando gradualmente.

VI. Su perseverancia a través de años de silencio

Cuando nació Ismael, (Génesis 16.16). Sara seguía siendo estéril. Y cuando Ismael tenía 13 años, Sara tenía ochenta y nueve años y había vivido en Canaán durante veinticuatro años. Su marido estaba a punto de celebrar su cumpleaños número cien. Si su esperanza no estaba completamente destrozada, debe haber estado colgando de un hilo muy delgado.

Aquí es donde destaca la grandeza de la fe de Sara. La mayoría de las mujeres se habría rendido mucho antes. Una mujer menos firme habría perdido la esperanza de ver cumplida la promesa de Jehová y se habría volcado al paganismo. Pero se nos recuerda otra vez que Sara «creyó que era fiel quien lo había prometido» (hebreos 11.11). Esto es lo que la hizo tan extraordinaria.

Finalmente, cuando Abraham tenía noventa y nueve años, el Señor se hizo presente otra vez y una vez más renovó el pacto. Cada vez que vinieron las promesas, éstas fueron más grandes: «He aquí mi pacto es contigo, y serás padre de muchedumbre de gentes»

(Génesis 17.4). No solo «una gran nación»; no simplemente descendientes tan numerosos como las estrellas o el polvo, sino «muchas naciones». **«Y te multiplicaré en gran manera, y haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti (Génesis 17.6).**

Fue también en este punto que Dios dio su nombre a Abraham, cambiándolo por su nombre de nacimiento, Abram (17.5). Abram significa «padre eminente»; **Abraham**, «padre de muchas naciones».

El Señor extendió también el pacto abrahámico a las demás generaciones, haciendo de toda la región de Canaán «una heredad perpetua» para Abraham y sus descendientes para siempre (17.7-8). Finalmente, Dios dio a Abraham la señal de la circuncisión, con instrucciones de cómo practicarla (17.10-14). La circuncisión fue la señal y el sello formal del pacto. **Todo lo concerniente a este pacto estaba ahora en su lugar.**



Después de oír esta promesa tantas veces, Abraham debe haberse preguntado si alguna vez vería al hijo que encarnaba su cumplimiento. El nombre era un recuerdo sutil para Abraham de que nada era imposible para Dios. Habiendo dicho esto, el Señor se concentró en Sara. Por primera vez en el relato y le dijo: «Dijo también Dios a Abraham: A Saraí tu mujer no la llamarás Saraí, más **Sara** será su nombre. Y la bendeciré, y también te daré de ella hijo; sí, la bendeciré, y vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella (Génesis 17.15-16). «Entonces Abraham se postró sobre su rostro, y se rió, y dijo en su corazón:

¿A hombre de cien años ha de nacer hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?» (Génesis 17.17) Probablemente en esa risa hubo más alivio y alegría que incredulidad. Podríamos entender el asombro de Abraham, con una pizca de incertidumbre. Pero no lo confundamos con la incredulidad. En Romanos 4.20-21, el apóstol Pablo habla de esto mismo, y dice que Abraham

«tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido». Ro 4:20-21

Abraham también clamó a Dios para que no se olvidara de Ismael, en ese momento de trece años. «Y dijo Abraham a Dios: Ojalá Ismael viva delante de ti» (Génesis 17.18).

El Señor inmediatamente confirmó la promesa concerniente a Sara: «Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él» (v. 19). La promesa del pacto tendría su cumplimiento en el hijo de Sara, no en el de Agar (Gálatas 4.22-28).

Todavía el Señor tenía una cosa más que decir: «Y en cuanto a Ismael, también te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera; doce príncipes engendrará, y haré de él una gran nación. Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene (Génesis 17.20-21).

Desde el principio había aquí una promesa con fecha fija, que garantizaba a Sara su lugar en el pacto. Con eso, la entrevista estaba terminada, y la Escritura dice: «Y acabó de hablar con él, y subió Dios de estar con Abraham» (v. 22).



VII. Su felicidad por el cumplimiento de la promesa

La próxima vez que el Señor apareció ante Abraham, uno de sus propósitos expresos fue renovar la promesa a favor de Sara de modo que ella pudiera escucharla con sus propios oídos. Génesis 18 describe cómo el Señor visitó a Abraham acompañado de dos ángeles.

Abraham los vio de lejos, y (quizás aún antes que se diera cuenta quiénes eran) Sara empezó los preparativos de una comida para ellos. Les ofreció «un poco de agua... (y), y un bocado de pan», pero en realidad les preparó un medio becerro ofreciéndoles un verdadero banquete (Génesis 18.4-8). La buena voluntad de Sara para atender a los huéspedes minuciosamente y con tan poca anticipación es una de las pruebas de su sumisión a Abraham que el apóstol Pedro destaca como modelo de esposa.

Mientras estaban comiendo, los hombres preguntaron, «¿Dónde está Sara, tu mujer?» (Génesis 18.9) «Aquí, en la tienda», respondió Abraham sugiriendo que sabía que ella lo alcanzaba a oír. La

Escritura describe los detalles de la conversación que siguió:

...Entonces dijo: De cierto volveré a ti; y según el tiempo de la vida, he aquí que Sara tu mujer tendrá un hijo. Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él. Y Abraham y Sara eran viejos, de edad avanzada; y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres.

Se rió, pues, Sara entre sí, diciendo:

¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo? Entonces Jehová dijo a Abraham:

¿Por qué se ha reído Sara diciendo: ¿Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja? ¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo. Entonces Sara negó, diciendo: No me reí; porque tuvo miedo. Y él dijo: No es así, sino que te has reído (Génesis 18.10-15).

La risa de Sara (igual que antes la de Abraham) parece haber sido una exclamación de gozo y de asombro más que de duda. Incluso cuando el Señor pregunta, «¿Por qué Sara se rió?», ella lo niega. Esa negación fue motivada por el temor. Estaba asustada porque no se había reído en voz alta, sino «dentro de sí». Tan pronto como se dio cuenta que este desconocido tenía tan seguro y minucioso conocimiento de su corazón, supo al instante, y sin ninguna duda, que aquello era del Señor.

El año siguiente fue un año difícil y muy atareado para Abraham y Sara. Fue el año en que Dios destruyó a Sodoma y Gomorra (Génesis 18.16–19.29). Y durante ese mismo tiempo, Abraham viajó hacia el sur otra vez, esta vez a la nación gobernada por Abimelec, rey de Gerar. Sara, aunque ahora de noventa años, todavía era lo suficientemente hermosa para

agitar las pasiones de un rey. Lo que había ocurrido en Egipto veinticinco años antes volvió a suceder. Abraham trató de presentar a Sara como su hermana, y Abimelec, prendado de su belleza, comenzó a perseguirla.

Pero Dios protegió a Sara, advirtiéndole a Abimelec en un sueño que era la esposa de Abraham (Génesis 20.3). La Escritura subraya el hecho de que Dios no permitió que Abimelec la tocara (20.6), para que no hubiera ninguna duda respecto del niño que ella pronto daría a luz.

Abimelec, quien se asustó mucho cuando Jehová se le apareció en sueños, fue gentil con Abraham y con Sara. Le dio regalos a Abraham y le dijo: «He aquí mi tierra está delante de ti; habita donde bien te parezca» (Génesis 20.15). A Sara le dijo: «He aquí he dado mil monedas de plata a tu hermano; mira que él te es como un velo para los ojos de todos los que están contigo, y para con todos» (Génesis 20.16).

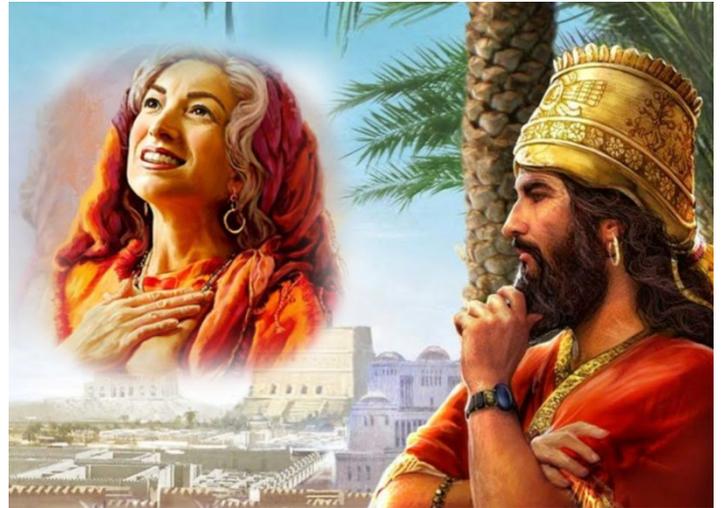
Según la Escritura, inmediatamente después de ese incidente, «visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado. Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho (Génesis 21.1-2). Sara le puso por nombre Isaac, que quiere decir «risa». Y dijo:

«Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oyere, se reirá conmigo» (21.6).



Así ella confesó la risa que anteriormente había tratado de negar.

Aquí se nos da una fascinante mirada introspectiva al verdadero carácter de Sara por el hecho que ella vio humor genuino en la forma como Dios la trataba. «¿Quién dijera a Abraham que Sara habría de dar de mamar a hijos? Pues le he dado un hijo en su vejez» (v.7) A pesar de sus ocasionales estallidos de humor y su batalla con el desaliento, Sara era, por lo general, una mujer amable. Después de esos largos años de amarga frustración, todavía podía apreciar la ironía y disfrutar de la comedia de llegar a ser madre en la vejez. Dios había sido fiel en verdad.



VIII. Su dureza para tratar a Ismael

Isaac fue destetado cuando ya era un niño de unos dos o tres años. La Escritura dice: «E hizo Abraham gran banquete el día que fue destetado Isaac» (21.8). Era una ocasión para celebrar. Pero algo pasó que fue la gota que rebalsó el vaso de Sara en su larga lucha por aceptar a Agar como concubina de su esposo.

Vio a Ismael burlándose de Isaac (v.9). La Escritura no dice *por qué* se burlaba Ismael. Probablemente haya sido por alguna causa insignificante e infantil. Como cualquier padre lo podría confirmar, tal comportamiento no tiene nada de extraño en un niño de la edad de Ismael. No tendría más de catorce años en esa fecha, recién saliendo de la niñez para entrar en la adolescencia, lo bastante mayor para ser responsable de sus actos, pero no para ser sabio.

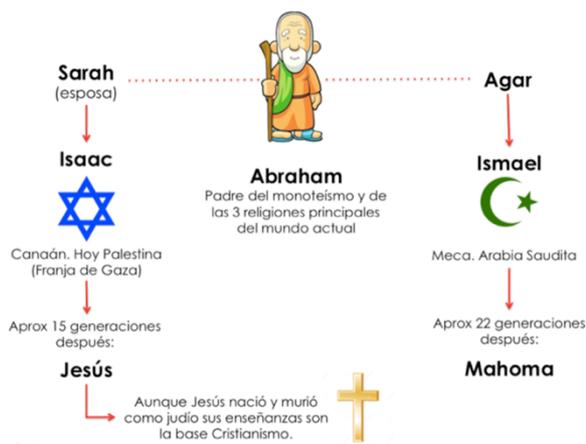


Pero fue demasiado para que Sara lo soportara. Inmediatamente dijo: **«Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo» (v.10)**. Para Abraham, toda la alegría de la fiesta se esfumó en un instante. Después de todo, Ismael era su hijo primogénito. Lo amaba de verdad. Recuerde su primera súplica al Señor: **«Ojalá Ismael viva delante de ti» (Génesis 17.18)**.

¿Estaba siendo Sara demasiado severa? En realidad, no. En la práctica, cualquier mujer forzada a compartir su marido con una concubina respondería a la situación del mismo modo. Ella era la verdadera esposa de Abraham. Agar era una intrusa.

Cuanto más permaneciera Ismael en tal condición, más era una amenaza al propósito de Dios para Abraham.

Así que, lo que puede parecer a primera vista como una reacción extrema no fue sino otra prueba de la gran fe de Sara en la promesa divina. Dios mismo confirmó la sabiduría de su demanda: «Entonces dijo Dios a Abraham: No te parezca grave a causa del



muchacho y de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Isaac te será llamada descendencia» (21.12).

Ismael no fue de ningún modo abandonado. El Señor prometió hacer de él también una gran nación, «porque es tu descendencia» (v.13). En consecuencia, se apareció a Ismael y a Agar en su apuro y prometió cubrir todas sus necesidades (v.14-21). Además, entre Ismael e Isaac se mantuvo algún tipo de relación familiar porque cuando Abraham murió, ambos hijos enterraron a su padre al lado de Sara (Génesis 25.9-10).

A pesar de lo brutal que parezca, hay un principio espiritual crucial, muy necesario y positivo en la expulsión de Agar e Ismael. Simboliza la verdad importante que el tipo de religión dependiente del esfuerzo humano (simbolizada por la trama carnal que concibe a Ismael como un cumplimiento artificial de la promesa de Dios), es completamente incompatible con la gracia divina (simbolizada por Isaac, el verdadero heredero). Y las dos se oponen una a la otra, de manera que ni siquiera pueden permanecer juntas.



IX. La felicidad de los últimos años

Después que Agar hubo sido expulsada, Sara regresó a una vida sana y monógama con su amado marido y su hijo, Isaac, que era un constante recuerdo para Sara y Abraham de la incondicional fidelidad de Dios. Hasta donde podemos saber, los restantes años los vivieron con alegría y paz.



Sara no aparece en la descripción bíblica ni siquiera cerca de Abraham para el sacrificio de Isaac. Todo el hecho es solo representado como una prueba de la fe de Abraham. Sara parece haber sido mantenida totalmente al margen de esto hasta que hubo concluido.

Ocurrió en la región de Moriah (Génesis 22.2).

A setenta kilómetros de Beerseba, donde Abraham residía en ese entonces (Génesis 21.33-34). En todo caso, la fe de Sara ya había sido muy probada. Ella había demostrado desde mucho antes su confianza total en la promesa de Dios. Y el sello de la aprobación de Dios sobre ella está contenido en aquellos pasajes del Nuevo Testamento que la reconocen por su fidelidad constante.

A decir verdad, en la misma manera como la que el Nuevo Testamento retrata a Abraham como el padre espiritual de todos los que creen (Romanos 4.9-11; Gálatas 3.7), a Sara se la presenta como la madre espiritual y el antiguo arquetipo de todas las mujeres fieles (1 Pedro 3.6). Lejos de tomar en forma aislada esos ejemplos memorables donde Sara actuó muy mal, la celebra como el verdadero prototipo de una mujer adornada con «el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible» (1 Pedro 3.4). Ese es el adecuado epitafio para esta mujer realmente extraordinaria.

Para reflexionar

- ♥ ¿Reconozco las promesas del Señor en mi vida, y he tenido que esperar por ellas?
- ♥ ¿Qué actitud tengo ante la espera?
- ♥ ¿Las situaciones de mi vida han fortalecido mi fe, o me han amargado mi carácter?
- ♥ ¿Puedo aferrarme como Sara a las promesas del Señor
- ♥ ¿Soy Hospitalaria, paciente, mujer de fe, respetuosa de su marido, aferrada a Dios, amable y apacible?

| Sara

Hospitalaria, llena de gracia, muy piadosa y mujer de mansedumbre.

Nunca perdió la esperanza de ser madre.

Sara la esposa fiel es símbolo de la Libertad de la Gracia. La Fe de Sara fue probada por Dios y ella supo demostrar la confianza en la promesa divina.

La Biblia nos la presenta como una mujer de espíritu afable y apacible.

Madre espiritual y prototipo de las mujeres fieles

